

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO III

MÁDRID, 4 DE OCTUBRE DE 1908

NÚMERO 40



LOS REGALOS DE PAPÁ

CUENTO PARA NIÑOS

Personajes: *Carmen*, niña de nueve años, morena, con largos tirabuzones, haciendo su conjunto digna modelo de un cuadro de Murillo; *Miguel*, hermanito de la anterior, de siete años, y también de ojos y pelo negro.

Ayuntamiento de Madrid

Lugar de la acción: Una alcoba con dos camas, donde los niños duermen; hablan de cama á cama. La madre los observa detrás de un cortinón, contemplándolos atentamente.

MIGUEL.—Todavía no ha llegado papá. ¿Nos traerá todo lo que le pedimos?

CARMEN.—No llega hasta de madrugada. Y, además, creo que á ti no te traerá nada, ¡le has pedido tantas cosas!

MIGUEL.—Sí, tonta; no ha de traerme todo si me quiere mucho.

CARMEN.—También me quiere á mí y no le he pedido nada.

MIGUEL.—Pues yo, muchas: un caballo muy grande, una trompeta, un traje de general, una pelota, un tren que ande y otras muchas.

CARMEN.—Yo sólo le dije cuando se marchó que me trajera un abrigoito, para yo regalársele á Pepita, la niña de la lavandera, que tiene mucho frío.

MIGUEL.—Verás cómo no te trae nada, pues papá no quiere á las niñas tontas como tú. A mí sí que me traerá todo lo que le he pedido y luego no te dejaré jugar con mis juguetes aunque llores.

CARMEN.—Yo tengo bastantes con los que me compró el abuelito. Yo no quiero juguetes.

MIGUEL.—Pues yo dejaré jugar á mis amiguitos con ellos, pero á ti te digo que no, y no; de ninguna manera. *(Con energía.)*

CARMEN.—*(Medio dormida.)* Pues me conformo... no me importa... mejor quiero traiga... un regalo á Pepita... porque sus papás no... tienen dinero... lo que sí... á mí no me... trae juguetes... me los... compraría... mamá... si... los... qui... sie... ra.

MIGUEL.—*(Con enfado.)* Sí, me parece que no te trae nada, lo que á mí sí. Te duermes y no le esperas, pues yo no; quiero ver antes que tú los regalos. *(Con mucha alegría.)* ¡Cuántos juguetes voy á tener!

La niña se queda profundamente dormida; olvidándose de sí misma sueña con la alegría de su pobre amiguita al llevarla el abrigo que ella ha pedido á su papá.

Miguel está algo inquieto y descorazonado por la tardanza de su padre; después y viéndose hecho un general, montado en su caballo de cartón, se queda también dormido.

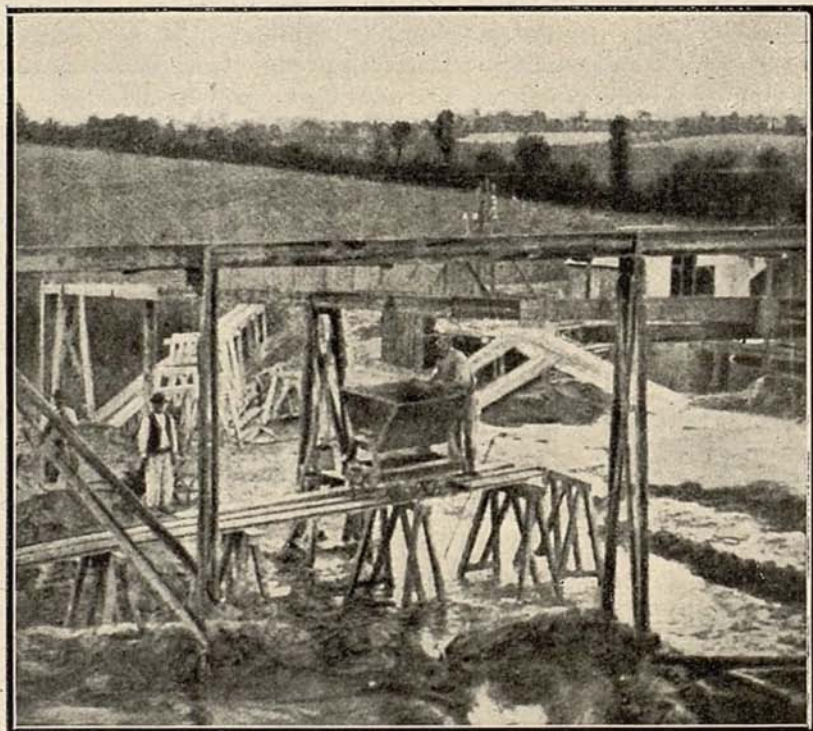
Poco después llega el padre, y al referirle su esposa la conversación de sus hijos, se apresura á besarlos y tenerlos en sus brazos, contemplando largo tiempo aquel ángel dormido que aun en sus sueños sonreía por la felicidad ajena, haciéndola doblemente dichosa.

Ya despiertos Carmen y Miguel, preguntan á su papá por los rega-

los que les ha traído, y éste les entrega hermosos juguetes, y á la niña además un ajuar completo para su amiga Pepita, por lo que Miguel se sorprende y pregunta á su papá cómo es que su hermana no sólo ha tenido los mejores objetos, sino también la amiguita de ésta, y le hace comprender su padre, con singular cariño, que no debe nunca olvidarse al desgraciado, pues el generoso sentimiento la da á Carmencita por duplicado la felicidad.

EME.





EL ORO

Si se presta crédito á lo que las historias y los historiadores nos cuentan, deberíamos admitir que los antiguos poseían el oro en cantidades fabulosas, y que se pudieron permitir el lujo de tener estatuas de ese metal, como ocurría, según parece, en algún templo de Babilonia; que á los hebreos también les debía sobrar, cuando en pleno desierto hicieron un buey de oro macizo, y, que más tarde, Lúculo poseyó una estatua de oro de Mitridates de dos metros de alta.

Al leer los relatos de la conquista de América, también podríamos creer que los indios tenían verdadera profusión del preciado metal.

Sin embargo, conviene poner en cuarentena esas afirmaciones, y tener presente la facilidad con que siempre se exagera al tratarse de riquezas, siendo evidente que nunca, en ningún sitio del mundo antiguo se produjo el oro con la abundancia con que se encuentra hoy en día.

Puede, quizá, justificarse en parte la exageración de los conquistadores del Nuevo Mundo, al pensar que para los indios el oro no tenía el valor y la importancia que los españoles, mucho más civilizados, le atribuían, y que está probado que aquéllos hacían con ese metal una porción de objetos destinados á usos vulgares, por lo que bien pudie-

ron inferir los conquistadores que mucho abundaba cuando en oficios tan pobres se le daba empleo.

Lo cierto es que los procedimientos conocidos en la antigüedad para extraer el oro no eran los más á propósito para que hubiera explotaciones importantes de ese metal.

La dureza del oro es escasa, tiene mucha densidad y es muy maleable. Se funde cuando se le calienta á una temperatura de 1.100 grados, y se volatiliza entre los 1.200 y los 1.300 grados, desprendiendo entonces vapores que dan una luz verde. El oro es amarillo brillante, pero si se le convierte en láminas transparentes, es verde. Cuando se le reduce á polvo muy fino, éste tiene un color rojo violado. El oro es uno de los metales menos alterables que se conocen.

Por virtud de estas condiciones, no se puede emplear puro para ninguna de las aplicaciones que se le dan (monedas, joyas, alhajas, etc.), y á fin de que tenga mayor consistencia y más dureza, hay que unirle á otro metal. Las aleaciones del oro con la mayor parte de los metales son fáciles.

Se reconoce cuando el oro es puro y la proporción de su aleación con el cobre, que es la más usual y frecuente, por medio de la piedra de toque, sobre la que se frota con la moneda ó alhaja que se quiere ensayar, y las huellas que en la piedra ha dejado se humedecen con el ácido. Si no hay oro, desaparecen las rayas hechas, y si la alhaja ó moneda contiene oro, subsisten aquéllas.

El oro se encuentra en terrenos de transición antiguos ó modernos; también se presenta en filones y en vetas pequeñas diseminadas. Unas veces está solo y otras unido á la plata, al cobre y aun al hierro. También está junto con el cuarzo. Hay ríos cuyas aguas arrastran partículas de oro; en España tenemos, entre otros, el Sil y el Darro.

En muchos sitios del mundo se encuentra el metal amarillo, tanto en Europa como en Asia, Africa y América. Del Perú, Chile y Méjico sacamos en los primeros tiempos de la conquista importantes cantidades. Más tarde lo descubrieron en California; después, en el Norte de América. Las minas de Rusia, en los montes Urales, también han sido productivas. En Australia lo descubrió un minero llamado Hargraves, en 1850, y después de haber estado buscando en todos los ríos de aquel país, tuvo la alegría de encontrar la primera partícula el 12 de Febrero de dicho año.

Pero donde está reconcentrada actualmente la mayor producción de oro es en el Witwatersrand, en el Africa del Sur, cuyas minas son tan ricas que parecen inagotables. Se explotan por medio de los más perfeccionados adelantos de la industria moderna.

Para que se tenga idea de la cantidad de oro que el Africa del Sur produce, diré que durante el pasado mes de Agosto se han obtenido de sus minas 587.813 onzas, con un valor de más de 70 millones de pesetas.

JUAN ANTON.



EL RATÓN

Nada, no se ve nada—exclamaron á una los dos ratoncillos mientras extendían sus miradas por el destartado granero.

Estas palabras de los dos simpáticos roedores no han de tomarse á pie de la letra, pues sus ojillos, semejantes á menudas cuentas de azabache, demasiado veían: aquí un montón de viejas esteras y centenarias alfombras, allí un acervo de palos y maderos diversos en la forma, aunque iguales en lo carcomidos, y allá inútiles cachivaches y rotos trastejos. Al decir que no veían nada querían expresar que ninguna golosina había con que matar el hambre de sus estómagos.

—En mis buenos tiempos—dijo luego el ratón más viejo—otro gallo me cantaba. Este mismo granero, ahora tan vacío, hanlo visto mis ojos lleno de rubias hacinas de trigo y de dorados montones de granos de maíz.

—¿Pues qué valía tu granero—añadió el otro—para la despensa que en mis juveniles días me sirvió de morada? Suculentos perniles por aquí, grasientos chorizos por allí, hilos de uvas hechas pasas por las paredes, y por los vasares, ya ricos quesos manchegos, ya redondas cajas de mazapán toledano, ya terrones de dulcísima azúcar... ¡Ay, Jauja mía, para siempre perdida...!

En estas exclamaciones dejaron pasar un rato; pero viendo que con

resucitar estos añejos recuerdos no ahitaban sus estómagos, agarráronse el uno á un madero y el otro á un viejo librote, y empezaron á roer de lo lindo tan ingratos manjares. En esto, la puerta del granero chirrió sobre sus cansados goznes, y pasó una vieja de torcida espalda, la cual, después de andar un rato por allí, se marchó, dejándose en el suelo, sin duda olvidado, un pequeño envoltorio. Los ratoncillos, que ocultos en una vieja alfombra habían seguido en todas sus evoluciones á la vieja, apenas se marchó ésta se lanzaron al pequeño lío, y arrancando la cubierta de papel, descubrieron un pedazo de queso amarillo, lleno de diminutos agujeros que manaban aceite. Como es natural, estando los dos hambrientos, cada cual reclamó para sí la presa, y no estando ninguno dispuesto á ceder su parte, armaron una barahunda de chillidos, golpes y mordiscos que no terminó sino con la llegada de un gato, el cual de un zarpazo los separó, y con un habilísimo golpe de sus garras logró sujetarlos.



—Vaya, amigos—exclamó el felino,—¿es primero comerse un poco queso ó evitar que nos sorprenda el enemigo...? ¿Hay que olvidar la defensa de la vida con tal de dar gusto al estómago...?

Los ratones se callaron... ¿Y cómo habían de contestarle si entre el susto de la sorpresa y el sentir sus carnes heridas por las penetrantes uñas ya estaban medio muertos...?

José A. LUENGO.



ARGEL

Situada en la bahía de su nombre, y en la falda de Sahel, se halla Argel, que vista desde el mar ofrece un bellissimo aspecto, con una serie no interrumpida de blancas azoteas sobre el fondo verde-claro de la cordillera. Los árabes la comparan á un diamante montado en un marco de esmeraldas. En las alegres playas, hoteles europeos y palacios moriscos, y á lo

lejos se extiende la verde llanura del Metidja, que llega hasta el pie del Atlas. La ciudad está dividida en dos partes: la francesa moderna y la antigua árabe. La vista de Argel que publicamos en estas páginas está tomada desde la cima del Mustafá. Superior, rodeado de pinares y jardines, residencia favorita para el invierno.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXXVI

De seguro que ya estarían ustedes pensando que qué me habría ocurrido para no contar cosas en tanto tiempo. ¡Jesús! Tantísimas novedades hay, que no sé por dónde comenzar el cuento. ¡Han ocurrido la mar de acontecimientos! Papá y mamá resolvieron que, además de casarse en un día mis dos hermanas, en la mismita misa tomase yo la primera comunión. Yo no tengo palabras para explicar lo que me impresioné cuando me dijeron esto. ¡Ay, Dios mío!—pensaba yo.—¡Comulgar es una cosa muy grande para mí! ¡Yo no merezco que venga el mismito Dios dentro de mí, como dicen que pasa! En fin, que ni podía dormir, ni comer, ni jugar. Viendo eso mi mamá, me dijo:

—Mira, Piluca, no te a'teres. Todas las tardes vendrá un padre de la Compañía de Jesús á prepararte y verás qué heimoso te parece el comulgar.

Y vino el padre, que era un señor muy viejecito... ¡ay, no...! muy... muy arrugadito... ¡pero más cariñoso! Hasta algunos días me preguntaba con mucho interés por Baby, y yo le enseñé *mi casa* y mi muñeco. Un día hablamos un gran rato de una cosa que me preocupaba muchísimo... Era la idea de si yo podría comulgar habiendo tenido un diablo en la tripa; él oyó muy atento todito lo que le conté, muy serio y poniendo los ojos en blanco y todo.

—Puesto que tus papás y tu *miss* han asegurado que tuviste ese diablejo, yo no puedo negarlo—dijo;—pero vamos á cuentas, Piluca. ¿Tú sentías así... como arañazos interiores?

—¡Ay, no, padre!—contesté

—¿Ni así... como mordiscos?

—¡Tampoco!

—Pues entonces, el diablillo no fué de los que hacen daño—agregó,—y no te ha estropeado por dentro. Así es que puedes recibir la Sagrada Forma con toda tranquilidad, segura de que Nuestro Señor se encontrará muy bien limpia tu almita.

Ustedes me dispensarán que yo no cuente detalles de mi comunión; es tan grande mi alegría... ¡que lloro siempre que hablo de ello!

—¿Ves, Piluca—me dice la *miss*,—cómo también tú lloras de alegría?

—¡Y es verdad!—contestó.—¡Yo que no lo creía!

Bueno; pues el *gran día* salimos en coches todos los de casa; mis hermanas y yo vestidas de blanco; la iglesia también estaba adornada de blanco y con muchísimas flores, y al entrar empezó á tocar una música preciosa... Cuando la misa iba casi por la mitad volví un poquitín la cabeza... ¡Ay, Dios mío! mamá estaba llorando, la *miss* también, mis hermanas también, y ¡hasta papá se limpiaba los ojos! ¡Claró! ¿Qué había de suceder? Me empezó así una cosa por dentro como si me apretasen, primero el corazón y luego la garganta... y se me llenaron los ojos de lágrimas!

Y ya no puedo explicar más. Me pareció aquello tan grande, tan hermoso; sentí una alegría interior tan extraordinaria cuando se acercó el sacerdote para darnos la comunión á las tres hermanas; se me hizo un lío tan enorme de ideas dentro de la cabeza y otro lío, no menor, de sentimientos dentro del corazón que creí que me iba á desmayar.

Mis hermanas que se casaban y se iban de nuestra casa para siempre; mi mamá que se quedaba sola con los chicos; yo, que tenía dentro al mismo Dios; Piluca, la Piluca que no había pensado más que en hacer diabluras, y que quedaba solita en su casa para atender á los papás, á los hermanos, á la *miss*, al ama seca, á Baby y su hermanito. ¡Cuántas obligaciones que cumplir! ¡Y qué alegría si conseguía que todos por mí causa estuviesen contentos y satisfechos! Todo esto y mucho más pensaba yo, llenita de confusión, de alegría, de dudas, de temores, de satisfacciones...

Una Piluca pequeña, niña, juguetona, alegre, había dentro de mí; y otra Piluca reflexiva, seria, trabajadora, formal y cariñosa quería entrar... y ser ella sola... y la Piluca primera no se quería ir... y la Piluca segunda quería ocupar su puesto... No sé... no sé explicarme mejor. ¡Perdonen ustedes; pero son cosas muy grandes para que pueda decir las una niña tan pequeña!

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO



Ayuntamiento de Madrid



SANTA MARIA DE LA CABEZA

Fué María de la Cabeza la esposa del patrón de Madrid, San Isidro Labrador, y, como su marido, mereció por las virtudes de su vida subir desde la humilde categoría de pobres labradores á la santidad y á la veneración en los altares. Se sabe que era natural de Torrelaguna, y es lástima que los cronistas del siglo XII, y muy especialmente Juan Diácono, que escribió su crónica en el siglo XIII, no precise la fecha de su nacimiento.

«No ignoraba Isidro—dice un notable escritor,—á pesar del trabajo humilde y constante á que se dedicaba, ya en la apertura de pozos, ya en el cultivo de los campos para procurarse con honra el necesario sustento, las condiciones que debe reunir una mujer según las Divinas Letras, si debajo del nombre de esposa y de madre aspira á desempeñar con fidelidad esa elevada misión, acorde con los fines de la Providencia. Los atractivos de la belleza corporal, los bienes de fortuna, las comodidades de la vida y otras cosas de este jaez, no arrebatában el corazón de San Isidro, que buscaba en su compañera, y encontró en María, la hermosura del alma, la pureza de religiosos sentimientos, el santo temor de Dios, una sincera devoción á la Virgen y una modestia que era el mayor de sus encantos.

El eximio poeta Lope de Vega expresa estos mismos conceptos en las siguientes quintillas, en que su gran ingenio hace el retrato de la Santa:

«No era jazmín su frente,
ni eran de sol sus cabellos,
ni estrellas sus ojos bellos,
que otra luz más excelente
puso la virtud en ellos.

»Era un fénix de hermosura,
y viase el alma pura
por su rostro celestial
como si por un cristal
se viese alguna pintura.»

Santa María de la Cabeza, al par que se dedicaba al cuidado de su modesto hogar y á hacer la ventura de su santo esposo, consagrábase á las prácticas religiosas con devoción ferviente y ejercía la santa virtud de la caridad. Ésta era en aquel humilde matrimonio tanto más meritoria cuanto que su posición no les permitía atender con desahogo á las necesidades ajenas.

La envidia, que no respeta la dicha ajena, trató de sembrar el dolor en aquel feliz hogar, y hubo quien advirtió á San Isidro que en su



ausencia su mujer hacía salidas de su casa que podían infundir sospechas.

San Isidro quiso cerciorarse por sí mismo y fué secretamente á Carazquiz, donde la esposa se hallaba cuidando de una pequeña hacienda. Oculto, vió salir á María de su casa y dirigirse á cuidar una ermita donde se veneraba á la Virgen María, y para que su alma quedase del todo satisfecha de la santidad de su mujer, pudo observar que al ir á cruzar el río Jarama echaba una toca de lienzo en el agua y sobre ella pasaba flotando como en una embarcación.

San Isidro falleció unos años antes que su esposa, que siguió en su viudez su cristiana vida, y murió santamente.



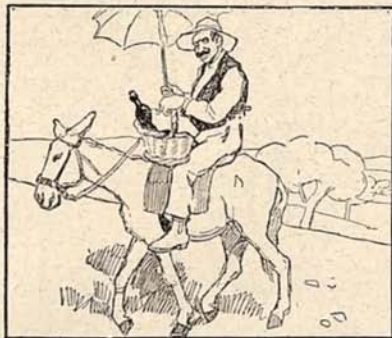
ANA BOLENA

Esta infeliz mujer ha sido víctima de una injusticia histórica al presentarla como digna del horror y desprecio con que la ha mirado la posteridad.

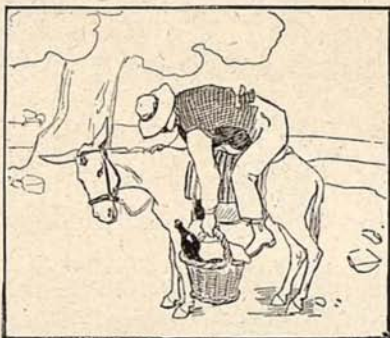
El concienzudo historiador Pablo Friedmann ha hecho en un notable libro la rehabilitación de Ana Bolena.

La segunda esposa de Enrique VIII de Inglaterra apenas tuvo parte en el cisma de su país que provocó el tiránico capricho de aquel loco soberano ni tuvo responsabilidad en los crímenes de éste, del que fué víctima. Enamoradísima de su marido, que la mandó matar, según el testimonio del historiador contemporáneo Chapuis, pidió á los que presenciaban su ejecución que rogasen á Dios por el Rey, porque era muy bueno y la había tratado como no era posible hacerlo mejor, y concluyó diciendo «que no era él sino las leyes del país las que la condenaban, con lo cual estaba ella conforme, y pedía perdón á todo el mundo». Era muy hermosa, y se cuenta que el verdugo dos veces detuvo el hacha al contemplar aquel rostro perfecto.

DE MERIENDA



Contentísimo el Sr. Higinio, cogió la cesta de su merienda, montó en su borrico y se fué al campo.



Cuando llegó á un sitio ameno puso la cesta en el suelo y se dispuso á echar pie á tierra.



¡Con qué íntima satisfacción se recreaba pensando en el atracón que le esperaba!



Tendió su servilleta sobre la verde pradera y se dispuso á engullir tranquilo su merienda.



Comenzaba á sacar sus provisiones cuando se le presentó un pobre niño hambriento.



Le despachó el Sr. Higinio con cajas destempladas, y apareció una anciana.



La mandó á paseo de mala manera, y se dedicó á merendar sin dar nada á nadie.



Un pobre inválido se presentó entonces, y el Sr. Higinio, furioso, le mandó con los otros.



Partía el pan con su navaja de seis muelles cuando llegó otra pobre desfallcida.



Tras ella apareció un pobre cojo y el egoísta del Sr. Higinio montó en cólera.



Navaja en mano salió tras ellos, que huyeron espantados de aquel hombre sin entrañas.



Cuando volvió triunfante, el burro había derramado el vino y se había comido hasta la servilleta.